

Flesher Fominaya, C. (2020) *Democracy Reloaded: Inside Spain's Political Laboratory from 15-M to Podemos*. Oxford. Oxford University Press. pp. 368

¿Qué fue el 15-M? ¿Qué queda de aquel movimiento que ocupó las plazas de las principales ciudades al grito de “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros”? En esta primavera se cumplen diez años de las acampadas de la Puerta del Sol y el nacimiento de un movimiento ciudadano transversal, impugnador y con un amplio apoyo social, que más fuertemente ha cuestionado la calidad de la democracia en nuestro país, dando inicio a una de las décadas más vertiginosas políticamente del periodo democrático reciente. Quizás por su carácter indescriptible o por lo su composición tan heterogénea, el 15-M continúa siendo un significativo político en disputa. Para una generación parte de la generación millennial ha sido el sustrato de la formación de su identidad política, mientras que para la generación transicional funcionó como una nueva oportunidad de participación política ciudadana. Para los partidos políticos significó la pérdida del monopolio de la política siendo interpelados por una crítica ciudadana que pedía una mayor calidad de la democracia española. Los años que van desde mayo de 2011 hasta mayo de 2015 fueron de una gran intensidad política, que condensó una energía social suficiente como para romper el bipartidismo tradicional.

A nuestro juicio, el 15-M fue el acontecimiento resultante del convergencia del excedente democrático de experiencias de democracia radical, feministas, ecologistas y hackers, que convergen en la Puerta del Sol con una clase media desclasada por la crisis económica de 2008, cuya mixtura dio lugar a la generación de un sentido común espontaneo condensado en una red muy densa de interacciones y propuestas, condensadas en la marca 15-M, en dónde la organización reticular permitió que la agencia de los actores se mantuviera con un alto nivel de autonomía durante un largo periodo de tiempo. Además del papel fundamental que tuvieron las consecuencias de la crisis económica y política en la formación de un sentimiento de indignación y protesta, se dieron otra serie de procesos internos en la construcción del movimiento que dieron lugar a la creación de una nueva cultura política democrática y consiguientemente una nueva identidad política muy diversa, pero a la vez altamente cohesionada.

Esta es precisamente la tesis de la profesora Cristina Flesher Fominaya en el libro que reseñamos y comentamos en esta entrevista, dónde se repasa detalladamente el ciclo de movilización que va desde el inicio de las acampadas, hasta la conformación de Podemos como un partido político, atendiendo a la reformulación y confluencias de las culturas y las subjetividades activistas y ciudadanas. Flesher empieza su trabajo haciendo un recorrido por la cultura política española, identificando las diferentes notas distintivas del nuevo activismo que permite explicar el surgimiento las acampadas. El libro se divide en cinco partes: la primera explica el contexto de crisis social, política y económica en la democracia española. En la segunda se detalla con agudeza la manifestación del 15 de mayo de 2011 y las dinámicas que sostienen la construcción y el mantenimiento de las acampadas en la Puerta del Sol con una gran variedad de testimonios de participantes clave. Los diferentes actores organizados dentro del 15-M se diseccionan en la tercera parte haciendo hincapié en los discursos como generadores de nuevas identidades políticas que resignifican conceptos en clave democrática. Yayo flautas, 15-M pa Rato, la PAH o juventud Sin futuro fueron colectivos clave en la organización del movimiento que mantuvieron una política contenciosa durante varios años contra las diferentes medidas de austeridad y desahucios del gobierno Rajoy. Los dos capítulos finales se dedican a explicar cómo se va fraguando la generación de una alternativa de representación política en Podemos y cómo esta nueva fuerza política presenta una serie de características novedosas en el panorama político al tiempo que arrastra una relación complicada entre las diferentes culturas activistas y militantes, que más tarde tendrán efectos perversos para esta el desarrollo de esta formación política.

En todo caso, Flescher reconoce tres elementos en la política del movimiento que nos resultan importantes rescatar desde las perspectivas democratizadoras que los movimientos sociales abren en las sociedades contemporáneas. Por una parte, la habilidad para mantener altos niveles de protesta sostenidos durante varios años, una vez desalojadas las acampadas. Una protesta llevada a cabo con un amplio repertorio de acción colectiva y que implica altos grados de adhesión a las reivindicaciones del movimiento, la ausencia o derrota de movimientos competidores, y también la supervivencia de una nutrida red de activistas con una gran disponibilidad de tiempo y un fuerte compromiso. Y en segundo lugar, este movimiento transformó la agenda y el registro del debate público español sobre los asuntos clave del programa de austeridad en temas como la vivienda, pero fue capaz de abordar estos temas a través de un proceso de crítica y reformulación del significado de la democracia en sí misma. Y por último, el movimiento reconfiguró el panorama político e inspiró a un proceso de experi-

mentación democrática que continúa hoy en día no sólo en la política estatal, sino también en los movimientos municipalistas que ganaron las elecciones municipales de 2015 en las principales ciudades.

Hasta la fecha la mayoría de trabajos que se han publicado sobre el 15-M en el periodo 2011-2014 se pueden clasificar en cuatro grupos. En primer lugar estarían aquellos trabajos que realizan un análisis cuantitativos de asistencia a manifestaciones, asambleas o eventos utilizando metodologías diversas. En segundo los apoyados en el utillaje del análisis del discurso que atienden a consignas y creación expresiva de una estética cohesionada del movimiento, que intentan explicarlo a la luz de la evolución del contexto. Seguidamente, están los trabajos de corte cualitativo de corte más etnográfico, focalizados sobre experiencias precursora, asambleas de barrio o campos de lucha social concretos. Y por último están aquellos trabajos que desde una perspectiva transnacional abordan conexiones y comparaciones entre repertorios y ciclos internacionales de movilización antiausteridad (Primavera árabe, Occupy Wall Street, Indignati, etc.) ponen en marcha tanto en su organización interna como a la hora de expresar sus reivindicaciones.

Por eso el enfoque que utiliza Cristina Flesher resulta particularmente innovador, porque analiza un proceso de politización muy complejo y rico poniendo el foco sobre la compleja confluencia discursiva y reticular de actores inicialmente episódicos, frágiles y fragmentados pero que configuran un momento democratizador. Lo que comienza siendo un libro de movimientos sociales termina analizando la formación y continuidad de un partido y un espacio político emergente, con elementos muy novedosos en transparencia, elección mediante primarias, mecanismos de participación online, formas de decisión telemáticas, como mostró la primera fase de Podemos. La autora da cuenta de los diferentes debates, en buena medida clausurados en la situación de bloqueo en la que cae la formación morada, como el naciente movimiento municipalista en buena medida presente en la articulación estatal de Podemos, o el debate en torno a su naturaleza de partido híbrido sintetizado en el slogan tan manido de por aquel entonces: “Un pie en la calle y otro en las instituciones”.

Se trata de un libro ambicioso y bien documentado que abre nuevos debates a la literatura existente en castellano, a la par que representa un magnífico compendio de una experiencia política central en nuestra democracia reciente, y que gracias a estar escrito en inglés, se hace accesible a un público internacional en un ejercicio de síntesis que desde nuestra academia aún no hemos sido capaces de llevar a cabo. Como repositorio de memoria de aquellos días es grato encontrarse con una detallada representación de discursos, actores, emociones e intenciones en el análisis de repertorios y experiencias más efímeras o duraderas, pero que tuvieron su papel en la formación de esa nueva cultura política con voluntad democratizadora.

Doctora por la Universidad de Berkeley, Cristina Flesher Fominaya enseña Social Politics and Media en la Universidad de Loughborough y sus libros sobre movimientos sociales han sido publicados en editoriales de referencia global como Routledge (*Technology, Media and Social Movements* en 2018 y *The Routledge Handbook of Contemporary European Social Movements: Protest in Turbulent Times*, en 2020) o Palgrave Macmillan en 2020, con segunda edición revisada de *Social Movements in a Globalized World*. Que sea también responsable de edición en *Social Movement Studies Journal* y fundadora de *Interface: A Journal for and about social movements*, confirman su capacidad y compromiso intelectual con estos actores inestables, difusos y poco institucionalizados, muchas veces desconsiderados y devaluados tanto en el ámbito político como en el académico.

Su último libro dedicado a *laboratorio político español* se alimenta de sus investigaciones comparadas sobre construcciones discursivas, identidades colectivas y transformaciones culturales de los movimientos sociales en el nuevo contexto tecnopolítico europeo y mundial. Estas contribuciones académicas y sus vínculos familiares con España le han servido para mantener una mirada comprensiva, amplia y actualizada sobre el devenir y la influencia de los movimientos sociales en nuestro país.

Ariel Jerez: Sin voluntad spoiler, creo que la coyuntura nos obliga a empezar por donde acabas tu libro, en buena medida porque tu objeto de 15M-Podemos ya no parece tener la misma centralidad en la nueva fase de la crisis, con una ultraderecha que llama a ocupar las calles y las redes con caceroladas, escraches y acciones desobedientes en un contexto pandémico inédito. En tus conclusiones adviertes sobre la necesidad de diferenciar las estrategias populistas de la derecha y la izquierda, que se producen al intensificarse la crisis sistémica, que desde el 2016, con el Brexit y el éxito electoral de Trump se han proyectado con fuerza en el escenario internacional. ¿Podrías avanzarnos algunas ideas sobre la recomposición de este campo ideológico cultural en esta coyuntura crítica? ¿Cómo entender ahora el papel que los movimientos tienen como productores culturales? ¿Se cierra ese ciclo 15-M que analizas como impulsor de un nuevo imaginario democrático, que, usando tus términos ampliaba, una conversación de alcance nacional sobre la democracia?

Cristina Flesher: En los últimos años hemos visto el auge brutal de la extrema derecha, impulsando un imaginario profundamente antidemocrático. Pero es algo que también se puede leer en clave de reacción al mismo movimiento 15-M. Lo vemos a nivel nacional y global. Los autoritarios siempre reaccionan de la misma forma, la gente más retrógrada aprovecha las aperturas del sistema en crisis para conseguir una cuota de poder representativo, para luego desmantelar la democracia y el estado de bienestar pieza por pieza. Si siempre

son dinámicas peligrosas, hoy lo son aún más, y no sabemos cómo afrontarlo. Porque, por un lado, no podemos obviar que la extrema derecha en Europa, por ejemplo, ha sido impulsada y financiada desde sectores ultraconservadores de Estados Unidos, de los evangelistas cristianos más fundamentalistas, entre otras fuentes. Tal y como ha revelado las investigaciones de *Open Democracy*, por ejemplo, que han analizado procedencia y destino del dinero en sus redes internacionales, buscan incidir en los países más liberales y progresistas, entre ellos España.

Por otro lado, no puede dejarse de señalar la contaminación de la ecología mediática, que ahora es absolutamente brutal. Cuentan con verdaderos expertos en la desinformación, el ruido, la polarización. La derecha está trabajando ideas muy básicas y elementales, pero con tácticas extremadamente sofisticadas. No están jugando, digamos, limpio, porque es muy difícil luchar en contra de esta estrategia de manipulación preservando los derechos fundamentales a la crítica y libertad de expresión con la actual regulación del contexto mediático.

Pero, después, están las dinámicas de movilización, que, para entender sus efectos, es necesario analizarlas con perspectiva. Tras ciclos intensos pueden generarse una falsa sensación de triunfo, o de relajamiento ante la amenaza, tras momentos intensos de “subidón” se producen cansancio y fatigas que ponen en evidencia que no se puede estar constantemente luchando con esa intensidad indignada inicial. Se observó en el 15M y puede ser que a la derecha le esté también pasando ya. Lógicamente también han pesado sobre estas movilizaciones otros factores, como el generacional o el territorial, donde entran en juego el peso y disponibilidad de ciertos grupos. La juventud es un indicador clave de movilización, porque sus generaciones están en un momento de apertura, de darse cuenta de lo que está pasando en el mundo, de sentir, definirse, disponibles para llenar plazas, participar y organizar.

También es necesario señalar que los movimientos prodemocráticos producen un efecto no intencionado, que es la intensificación de la represión y la restricción de espacios para la crítica. Lo hemos visto en España con la *ley mordaza*, pero el efecto de criminalización puede observarse en los movimientos de las plazas en toda Europa.

Sin embargo, no quiero ser tan pesimista y creo que no todo está perdido. Creo que hay un hartazgo generalizado ante la extrema derecha, con mucha gente que no quiere volver a un pasado retrogrado, que va a luchar por un mundo más igualitario, justo y sostenible. El asesinato policial de George Floyd en Mineápolis y las rapidísimas movilizaciones en todo el mundo, las huelgas y macro-manifestaciones feministas que no paran, las movilizaciones ecologistas de escolares coordinadas a nivel internacional, son demostraciones de fuerza y de una cierta cohesión de la opinión pública en torno a ciertos principios y valores compartidos como democráticos. Es necesario tener en cuenta esto para relativizar el peso del ruido que hacen los *bots* y la movilización de la extrema derecha en el imaginario político común.

Ariel Jerez: me gustaría retomar la perspectiva de los movimientos como productores culturales en el nuevo contexto mediático y cultural en el que nos movemos, ¿además de productores pueden ser diseñadores de la democratización cultural y comunicacional que necesitamos? Lo digo, porque tengo la sensación que algunas agendas que tuvieron cierto tránsito en décadas pasadas, por ejemplo, en el Foro Social Mundial sobre el Quinto Poder planteado por Ignacio Ramonet desde *Le Monde Diplomatique*, sobre la necesidad de contar con observatorios de medios, regulación del tercer sector de la comunicación, garantías de la independencia laboral del periodista, software libre, son temas hoy desaparecidos o circunscritos a colectivos mediactivistas o hackers. Los usos tácticos que sin duda mejoraron durante el 15M, con la entrada de Pablo Iglesias a la TV y la construcción de Podemos, no parecen conectarse con objetivos más ambiciosos en una agenda democratización necesaria. ¿Qué opinas?

Cristina Fleisher: Sin duda, es un tema que insisto mucho, sobre todo en clase, intentando a hacer reflexionar a los estudiantes sobre las estrategias discursivas y simbólicas construidas por unas estructuras mediáticas al servicio de las elites corporativas locales. Estoy de acuerdo contigo, falta mucho por hacer. Pero creo que no cabe duda que el 15M sí abrió un apetito del público progresista para medios críticos, alternativos e independientes. Es un proceso lento, que hemos visto en la emergencia, renovación o rearticulación de determinados medios, que hoy funcionan como colectivos, con algún modelo alternativo, cooperativo o basado en apoyo de suscriptores, que ha logrado una cuota de audiencia considerable, como El Salto, El Diario o La Marea. Ha habido un cambio generacional en el consumo de medios digitales por parte de los jóvenes, se ha ampliado la base informativa para que la gente tenga alternativas a los marcos impuestos por El País como periódico “socialista”, el ABC del Partido Popular o La Razón de la ultraderecha. Recuerda, Ariel, que en nuestra época del “movimiento antiglobi” de Madrid¹, tirábamos unos periódicos “superchulis”, pero que los leían trescientas personas, solo los compraban los militantes y algún simpatizante. Pero nadie comparando con estos nuevos

¹ Alusión a la experiencia compartida como activistas e investigadores por los participantes en la entrevista. En este caso la de los investigadores más veteranos (Fleisher y Jerez) en ciclo de movilización transnacional que se inicia en Madrid en el primer semestre de 2002, con la Presidencia Española de la Unión Europea y el llamado Foro Social Transatlántico, como contracumbre organizada como protesta contra la Reunión de Jefes de Estado y Gobierno de Iberoamérica y la Unión Europea. Estos entramados analizado inicialmente como movimiento antiglobalización-alternunidtsa, y posteriormente como redes por la Justicia Global, aportan nuevas referencias, cruces y aprendizajes compartidos por la generación estudiantil de Bolonia, que posteriormente iba a nutrir de nuevos activistas e investigadores a la movilización del 15-M (la de Maestu, miembro del grupo promotor de Juventud Sin Futuro). En el caso de Ariel Jerez, también ha acompañado a lo largo de estas dos décadas, el desarrollo del llamado movimiento de la memoria y los derechos humanos.

medios hoy, que incluso tienen algunos de sus periodistas en programas televisivos. Esta movilización de la opinión pública a través de los medios críticos alternativos debe mucho al 15M, sin este movimiento sería impensable.

Enrique Maestu: Uno de los elementos más innovadores que planteas en Democracy Reloaded tiene que ver con el enfoque genealógico que parte de la premisa y tiene en cuenta una serie de redes activistas preexistentes que tendrán una gran influencia en la organización y desarrollo del 15-M. Algunas son experiencias activistas de largo recorrido, pero que mantienen espacios de actividad diferenciados y poco conectados entre sí. ¿Cómo crees que se relaciona y hasta donde confluyen en el 15M y después?

Cristina Flesher: Son varias cuestiones las que estas planteando ahí. Por un lado, yo no estoy de acuerdo que estos movimientos no tenían ningún contacto previo entre ellos. Madrid es muy pequeño. Todo el mundo se conocía, cuando hacía falta unirse se unía y compartías alguna iniciativa, hacías una manifestación, la gente se sentía implicada en algunas dinámicas compartidas. Pero es verdad que son contactos esporádicos y fluidos, no consiguen estabilizar iniciativas más ambiciosas de larga duración. Creo que hay un elemento en el 15-M que es absolutamente esencial, que es la acampada, a la que dedico mucho espacio en el libro. ¿Por qué las acampadas son *sine qua non* del movimiento 15-M?

Por muchos motivos, pero primero tenemos que entender muy bien qué queremos decir con “15-M”. Yo creo que la gente ha tenido una tendencia a mezclar lo que son manifestaciones, acampadas y movimientos, llamándoles todos 15-M, pero sin desglosar entre ellos. Tenemos que entender que si bien todos son “15-M”, son dinámicas diferentes. Entonces lo que hago en el libro es precisamente desarticular analíticamente cada uno de ellos, mostrar el papel que jugaron y las características únicas que tienen.

Una acampada está delimitada en el espacio, pero es extendida en el tiempo. A pesar de tener bordes permeables, construyen una dinámica propia. La acampada de Sol es diferente a lo que pasa en Catalunya, así que cada una despliega su propia dinámica sobre tejidos y agendas localizadas. Uso la metáfora de crisálida en el libro porque durante muchas semanas son el caldo de cultivo para el nacimiento de un nuevo sujeto político colectivo, donde en cierta medida, entras como activista autónomo, como anarquista, feminista o antimilitarista, pero sales como quincemayista. Aunque no te describas con esa etiqueta en el momento, pero sales de ahí con otra idea en la cabeza, al menos con una idea diferente acerca de tu militancia y experiencia como activista, así como tu identificación política. Pero por otra parte, usa la imagen de crisol porque en la plaza de sol se funden diversas tradiciones y corrientes ideológicas que, al calor de un momento muy intenso mantienen muchas sinergias, es decir, no se trata de crear un monstruo cogiendo pedazos de aquí y de allá, si no de mover viejos marcos. Detallo muchas trayectorias activistas en el libro, señalando la autonomía, el feminismo, la ética hacker. Todas vienen con ideas sinérgicas, pero han transitado por cauces distintos. De forma menos potente, también discurren en paralelo, el ecologismo o el antimilitarismo, pero creo que en este movimiento no tienen la misma fuerza que esas tres, en las que me centro más en los *ideational frameworks* (marcos de ideas fuerza) del libro. En Madrid siempre ha habido una polinización cruzada entre todos estos espacios, pero en las plazas hay un diálogo mucho más intenso. No solo entre las diversas tradiciones, pero también entre las diversas corrientes de cada movimiento. Por ejemplo, el feminismo intenta llegar a acuerdos de mínimos o al menos dejar de lado las diferencias para tratar de centrarse más en lo que nos une que en lo que nos separa. Y yo creo que fue una decisión muy potente, y si la gente lo hiciera más a menudo, llegaríamos mucho más lejos en política.

Enrique Maestu: En este proceso de convergencia de diferentes tradiciones militantes, ¿cómo opera sobre la emergencia de liderazgos del 15M? ¿Crees que han tenido éxito en mantener una visibilidad mediática e influencia pública?

Cristina Flesher: Sobre la cuestión de los liderazgos, desde una perspectiva autónoma el hecho de que el movimiento de las plazas no haya producido liderazgos visibles es un éxito, esto es, un éxito del movimiento. Porque lo que pretendes no es articular un movimiento con un líder o pocos líderes sino crear lo que en inglés se dice un *leader-full movement*, o sea, movimiento repletos de líderes, que pueden ocupar posiciones de liderazgo en cualquier momento, en cualquier situación, y que pueden ir cambiándose sin que haya necesidad de tener un líder al que seguir.

Entonces, efectivamente, seguro que desde el primer momento había gente que quería articular un liderazgo fuerte y que de las plazas saliera una “cosa” organizada, pero no supieron como articularlo, y en realidad, la “cosa” no iba en esa dirección. En ese momento de caos, de emoción, de estar ahí, de construirse con ilusión, confianza y posiblemente ingenuidad. Un movimiento social no es un partido político, no es una organización, no tiene la misma lógica, por mucho que algunos quisieran que lo tuviera.

Creo que la buena tradición de la autonomía en los primeros años del 15-M genera una multiplicidad de líderes. Y si queremos encontrar a los pesos pesados, hay que echar un vistazo a las redes de comunicación como Twitter, en dónde un activista tiene miles de seguidores. Se trata de gente produciendo contenido cultural que se extiende y circula. Es en las redes sociales donde se encuentran los líderes de movimiento, por llamarlos de algún modo, porque son personas que incluyen, no personas que dirigen. Y ahí está la diferencia, que es muy importante, porque líderes que influyen por supuesto que hay pero aparecen como portavoces *de facto* del movimiento, a pesar de que nadie ha delegado en ellos esa responsabilidad, ni les ha nombrado para tal fin. Todd Gitlin se ha referido a este fenómeno como una tendencia en los movimientos desde los años 60 aunque en un

contexto donde los medios de masas otorgaban esa etiqueta a ciertos individuos y ahora surge de la influencia que consiguen en las redes sociales, porque la ecología mediática ha cambiado. En el caso del liderazgo de Podemos es algo diferente. En el libro afirmo de forma algo provocadora, que Podemos nace antes del 15-M, es uno de sus precursores, y a su vez, también es un legado del 15-M. Porque el movimiento de las plazas en parte responde a unas influencias que salen de la misma gente que impulsó Podemos. Si estamos pensando en el partido como un producto de determinadas personas como Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero o Iñigo Errejón, el impacto de esas píldoras mediáticas, de sus monólogos, y su actividad en el programa televisivo *La Tuerka*, son muy importantes y contribuyeron a generar esa capacidad para contrarrestar las narrativas hegemónicas fabricadas por las élites sobre la crisis, el significado de la crisis y lo que estaba en juego en aquel momento marcado por el inicio de las políticas de austeridad. La capacidad de poner en marcha una contestación crítica masiva, proviene del hecho de que ya muchas personas se han ido perfilando y agudizando, en parte porque están consumiendo esos productos discursivos en los que *La Tuerka* tuvo un papel difusor muy importante. Un eslogan como “No es una crisis, es una estafa”, capta un análisis de fondo brutal. Suena sencillo, pero decir eso y convencer, es algo impresionante, máxime cuando hablábamos de una situación en la que todas las élites de todos los países afectados por la crisis están diciendo lo mismo: que la austeridad es necesaria. En este sentido, la gente que posteriormente conformará Podemos ya tuvo previamente un papel central a la hora de dotar de herramientas discursivas al movimiento 15-M y su estela. Otra cosa es que estuvieran presentes o no durante la acampada, que yo creo que no, que no estuvieron como caras visibles o jugando un papel particularmente importante.

Ariel Jerez: Sobre esta cuestión de liderazgos, aperturas y pluralismo, me parece que direcciones más corales, mayores rotaciones sin traumas, tiene que ver con la existencia de campo fluido de encuentro y conexión entre las izquierdas más sociales y más orgánicas de partidos y sindicatos. Creo que en el caso de la izquierda abertzale vasca se puede ver claramente, sobre todo el proceso de ilegalización de medios de comunicación y formaciones políticas, con constantes cambios en los liderazgos. Y cabe apuntar que en este sentido, que el 15M tuvo apenas presencia en el País Vasco. Incluso en las dinámicas de la crisis catalana, también es más visible este intercambio entre movimientos y tejidos sociales, en un campo electoral muy abigarrado, donde hasta el asamblearismo de base ya tenía representación con las Candidaturas de Unidad Popular (CUP). En, cambio, en Madrid, este espacio es mucho más limitado y marcado por la desconfianza, donde predomina en las organizaciones cierta lógica de control y “correa de transmisión”, y en los movimientos sociales el rechazo a lo institucional y el no querer “mojarse” en iniciativas impulsadas por los partidos.

Estas culturas activistas marcadas por la desconfianza ¿explican en parte el ciclo de Podemos, de auge y caída, inicialmente alimentadas por ese “espíritu” 15M? Tengo la sensación de que estas maneras de hacer “fontanería” políticas ha pesado mucho, se ha despreciado el trabajo de base. Vivo en Galapagar, un pueblo de unos 30.000 habitantes que llegó a tener solo en nuestro barrio, Círculos con reuniones de 70-80 personas, donde tras la estrategia de unidad con Izquierda Unida, hoy quedan activas poco más de 10. ¿Crees que es así?, ¿hay en Madrid una mayor distancia entre la izquierda social y la política, una mayor desconfianza entre activistas de base y cuadros?

Cristina Fleisher: De nuevo, son varias cuestiones. Por un lado, el nacionalismo como espacio de identidad, con idioma propio y su narrativa de comunidad imaginada, genera unos marcos de referencia muy concretos para generar vínculos y confianza, hacia adentro. Por otra parte, está la articulación del espacio de la autonomía social en Madrid, con mayor rechazo a identificaciones partidistas y a ciertas ideas y formas organizativas. Pero en buena medida, no les falta razón. Si recuperas la historia de los movimientos sociales en Madrid, está marcada por la cooptación de Izquierda Unida y PSOE desde la transición. Los partidos chupan programas, cogen militantes, consumen energías y después, ni te he visto ni me acuerdo... Esto produce en Madrid desconfianza.

Lo que comentas del País Vasco es interesante. No se produce la movilización durante el 15M porque su coyuntura política posiblemente responde a otras articulaciones, pero su tejido social participa posteriormente en las dinámicas transnacionales del movimiento indignado, en la conexión francesa del *Nuit Debout* en 2016. Estas articulaciones locales y dinámicas de confluencias en el movimiento son difíciles de mapear en tu totalidad y mantener el foco sobre lo estatal, que era el planteamiento del libro. Está centrado en Madrid porque el nodo madrileño ha sido, en buena medida, fundamental para tener relevancia en todo el territorio, incidencia en la transformación de la política estatal y, en este sentido, es una historia sobre todo de Madrid.

Respecto al declive de Podemos, en el libro hay un capítulo entero que recoge y analiza las críticas internas del movimiento hacia Podemos, el proceso de transformación de la participación y la desafección creciente entre los diversos sectores que convergieron inicialmente.

Aquí pesan varios factores. La “fatiga” que ya comentamos está presente tanto en el 15M como en Podemos. Cuando se montan los Círculos, esa gente que va desapareciendo en los primeros meses, que al principio estaba encantada con la ilusión de tener un nuevo partido, empieza a dejar de ir a reuniones que se tienen que hacer los sábados por la tarde, que muchas actividades les empiezan a parecer un rollo... Pero también es verdad que, desde el principio, hubo gente que intentó rescatar el pluralismo, el asamblearismo, la participación en los Círculos. Lo que pasa es que no tuvieron ningún tipo de poder dentro de la estructura de la organización

y no hubo manera de que eso se articulará de manera organizativa. El resultado a lo largo de estos años ha sido una gran pérdida de capital humano- la base de apoyo interno se ha ido reduciendo cada vez más, y aunque queda gente excelente en el partido, han perdido las aportaciones de mucha gente valiosa al insistir en una articulación cada vez más vertical y centralizada.

Es una dinámica que ya se ve en primer Encuentro de Vistalegre donde ya está toda la estrategia de control acordada y progresivamente se va implantando. Cada vez hay menos necesidad de apelar a los movimientos para la existencia del partido, porque una vez que tienes el electorado, dejan de tener tanta importancia en tu estrategia y en tu supervivencia. Sin embargo, Podemos ha ido perdiendo votos desde sus inicios y cabría analizar hasta qué punto esa falta de apoyo de determinados sectores activistas ha contribuido en este declive.

Ariel Jerez: Entonces ¿cómo se puede aprovechar mejor esa capacidad simbólica empoderadora, de los movimientos sociales, la base de autonomía social que se desató con el 15M? En el libro lo analizas con el caso del 15MpaRato, un momento de activismo ciudadano de “lo puedes hacer tú mismo”, puedes activar una querrela en contra de un exministro responsable del Fondo Monetario Internacional. Ahí cabe recordar que lo impulsa el Colectivo Xnet, un espacio con activistas digitales que implicados en el 15M vinculado al lanzamiento del Partido X, con conexiones fluidas entre colectivos de Madrid, Barcelona y Sevilla. ¿Cómo se puede rescatar el trabajo de esta gente que ha estado preocupada por mantener esa autonomía, que creo que es un componente estratégico de cualquier producción de proyectos de sociedad alternativo?

Cristina Flesher: Absolutamente de acuerdo en rescatar estas experiencias. De hecho, a mí me gustó mucho escribir el capítulo sobre 15MpaRato. Es una dinámica de innovación espectacular, creo que recoge lo mejor de la autonomía y de la ética hacker, en colectivos con la capacidad de tener unos objetivos muy concretos e ir hacia ellos de manera programada y estratégica. Una de las cuestiones que me interesa de la autonomía es su perspectiva pragmática “¿Qué podemos hacer para llegar a esta meta que nos hemos propuesto? Se empieza por aquí, no vamos a dar un paso más hasta cumplir todos los cometidos”. He estado en muchas asambleas, que cuando la gente empieza a “construir la casa por el tejado”, siempre hay alguien que pregunta “¿tú puedes hacer todo eso?”, donde ya está asentado el lema “si lo propones, te lo comes”. Este elemento pragmático es precioso, responde conceptualmente a la dinámica de lo que llamamos *grupos catalizadores*. Se relacionan de manera ágil con una lógica asamblearia, porque se basan en la confianza en grupos de trabajo pequeños, con trayectorias compartidas. La confianza es un tema siempre recurrente en la dinámica de los movimientos sociales: si en estos grupos están cuatro personas, se sienten empoderados para tomar una decisión sin tener que pasar por todo el sistema de consultas y comités, que pueden porque saben que cuentan con esta confianza. Esta lógica sirve para impulsar proyectos concretos con objetivos específicos, en lógica campañas, pero montar un partido exclusivamente tecnopolítico es muy difícil, y yo diría imposible. Como en el 15M, las tecnologías digitales son herramientas que ayudan, pero las dinámicas en las plazas, las relaciones cara a cara, son fundamentales.

Existe una lectura muy tecnopolítica del proceso vivido los últimos años, pero con una tendencia a entenderla como factor determinante que puede llevarnos a un error de interpretación grave. Sin duda, tiene influencia, en términos de comunicación, de organización. Pero en el libro se pone claramente de manifiesto la importancia fundamental del espacio de encuentro, la copresencialidad como momento de catarsis, de expresión de estar juntos, de salir de casa y no sentirte solo, de imaginar y estar expuestos a gente, que muchas veces ni sabían que eran tus vecinos. Creo que es importante insistir en esta conexión de cuerpos, almas, personas, en un solo sitio como elemento clave en la construcción de un proyecto político de gran envergadura. Los lazos afectivos, de confianza y organizativos se pueden también forjar en el ciberespacio, pero es un proceso más difícil y más lento, sobre todo para proyectos que pretenden perdurar en el tiempo. El trabajo de Zeynep Tufekci apoya esta idea también: los medios digitales pueden facilitar la movilización rápida y a escala pero es mucho más difícil que generen una estructura organizativa perdurable. Esto se vio claramente en los movimientos de las plazas, solo perduraron los que tenían una red organizativa más allá de las redes digitales.

También creo que Podemos tuvo sus conexiones originarias en estas dinámicas presenciales, más allá de la importancia innegable de la estrategia mediática y tecnológica inicial, sin duda, excepcional. Pero no se puede olvidar el cara a cara de ese primer momento, los principales liderazgos fueron asamblea por asamblea, con ese planteamiento “tenemos este proyecto, queremos pedir vuestro apoyo”. Había que dar la cara, y en el sentido más literal, una cuestión muy necesaria en Madrid por lo que comentabas, por la propia desconfianza previa que existía con todos esos intentos de controlar los movimientos sociales, incluso convertirlos en partidos o en órganos sectoriales. Ese ha sido el problema de siempre de Izquierda Unida y siempre ha habido una relación de desconfianza en Madrid entre los movimientos autónomos y los partidos por este motivo.

Enrique Maestu: Ya en el año 2010 comienza a haber movimientos embrionarios para impulsar iniciativas de confluencia política, como el Partido X desde el mundo hacker, las mesas de convergencia auspiciadas por Izquierda Unida como un proceso que permitiera generar un espacio de encuentro con una base social desconectada, o posteriormente el Frente Cívico puesto en marcha por Julio Anguita, que intentaban reactivar políticamente a una militancia de base tradicionalmente de izquierda. En el nivel municipalista, se puso en marcha durante el año 2013 la Red *Municipalia* por parte de activistas provenientes de la autonomía como Guillermo Zapata, o la reactivación de las asociaciones de vecinos en los tres años siguientes al 15-M, o la formación de

los partidos instrumentales “Ganemos” para concurrir a las elecciones municipales de 2015. A medida que la protesta en la calle pierde fuelle pero la potencialidad política permanece ¿Qué les ocurre a los activistas del movimiento a medida que avanza el ciclo político?

Cristina Flesher: No sé si tengo una buena respuesta. Por un lado, creo que tiene que ver con las biografías de las personas que eran motores de su proyecto, que atraviesan dos cambios importantes. Tomemos el ejemplo de Juventud sin Futuro. Muchos de ellos se incorporan en Podemos y no sólo dejan de estar disponibles para Juventud sin Futuro, también dejan atrás la precariedad, ya tienen curro y tienen casa. Y por otro lado, se hacen mayores o al menos dejan de ser tan jóvenes, pero no logran crear un movimiento o una estructura de organización que pueda reproducirse sin ellos, porque el sujeto político juventud es por su propia definición un sujeto político autoprogramado para su destrucción, porque todos envejecemos. Y cada nueva generación tiene que volver a reactivarlo, mientras que las condiciones para su reactivación cambian en cada generación. Por lo que no existen condiciones idénticas para cada generación de estudiantes o de jóvenes activistas. La generación Anti-Bolonia y posteriormente Juventud Sin Futuro, no han dejado una organización que sobreviva al paso de los activistas fundadores, pero sí que han dejado un legado muy importante por lo que respecta a los lemas, a los discursos y a una serie de ideas que se pueden reactivar, para ser utilizadas por otros jóvenes, de la misma manera que los jóvenes de Juventud Sin Futuro, se nutrieron del movimiento por la vivienda digna, entre otras influencias.

Los miembros de Juventud sin Futuro fueron muy conscientes de no entrometerse en áreas que no les pertenecían, y esto es algo muy madrileño. Recuerdo que algunos de ellos me contaron que habían trabajado muchísimo en una campaña relacionada con la vivienda que finalmente no llegaron a lanzar, porque reunidos en asamblea vieron que otros grupos estaban trabajando sobre vivienda, y como no era genuinamente su tema, no tenían la legitimidad suficiente para poner en marcha esa campaña cuando el tema “pertenece” a otro grupo. Es algo curioso, que no sé si pasará en otros lugares, pero en Madrid pasa mucho-y es una muestra de que cada grupo es muy consciente de su ubicación dentro de la red de movimientos sociales y de su relación con otros grupos.

Enrique Maestu: Respecto a la cuestión de los lemas y diferentes campañas, Juventud sin futuro actúa como un órgano paralelo al 15-M, que a cada ciertos meses, produce desde un núcleo de pensamiento combustible para alimentar al movimiento, que permite que este siga adelante, aunque sea solo con elementos discursivos. Hasta que a finales de 2013, ante el cansancio generalizado, la cosa ya no da más de sí, y aunque nadie se plantea como primera opción formar un partido, muchos activistas plantean que hay que hacer algo, pero muy alejado de los parámetros en los que se movía la política contenciosa hasta ese momento. En esos meses hay un proceso muy lento en el que se puede ver como van cayendo uno tras otro. Unos que inicialmente eran contrarios a formar un partido y que en cuestión de dos meses, tras pensarlo mejor, se suman a Podemos o a los diferentes proyectos municipalistas de Ganemos, que juntan en un mismo espacio a diferentes generaciones y espacios. ¿Crees que el ciclo de movilización del 15-M se caracterizó por una fuerte solidaridad intergeneracional?

Cristina Flesher: Sí, yo creo que una de las mayores fuerzas del 15-M fue precisamente un nivel muy alto de solidaridad intergeneracional, y la fuerte constatación de que todas las luchas del 15-M estaban relacionadas entre sí. O sea, es la propia definición de movimiento. Cuando empecé a pensar como describir este proceso, necesitaba encontrar un hilo conductor que uniera a movimientos tan distintos como la plataforma por el agua, los enfermos de hepatitis C, la memoria histórica y tantos otros. Hasta que caí en la cuenta de que son movimientos por la democracia, en donde la calidad de la democracia es la problemática central, y todo lo demás son variaciones sobre ese elemento común. Los yayo-flautas, no se movilizaban por sus pensiones, lo hacían también por sus nietos, por sus hijos y viceversa.

Hubo mucha solidaridad entre generaciones de activistas y de ciudadanos, y también hubo mucha identidad colectiva. Uno de los capítulos del libro está dedicado a las preferentes, donde analizo la presencia de mayores precisamente porque todo el mundo piensa en el 15-M como un movimiento de jóvenes, y sin embargo, estos vínculos son muy importante para ver cómo se va creando simpatía, conciencia e identidad colectiva, que en el 15-M alcanza importantes sectores a lo largo y ancho de la sociedad. Y si me preguntas ¿cómo se crea un sujeto político? Pues se crea en la acampada Sol de Madrid un sujeto político colectivo con una identidad colectiva que está vinculada a un imaginario que es 15-M, y a partir de ahí da igual si estás luchando contra la privatización del agua o la hepatitis C, lo estás haciendo con el espíritu *quincemayista*. Un espíritu que se caracteriza por su autonomía, diversidad y apertura. Y ahí la pregunta subsiguiente es ¿cómo convence Podemos a un movimiento autónomo por definición de tomar ese paso entre movimiento social a proyecto político- electoral? Dedico un capítulo del libro a analizar esta cuestión a fondo. No es un proceso sencillo y es de los capítulos que más trabajo me ha llevado y donde creo que hago unas aportaciones analíticas importantes y teóricas a la cuestión de las tensiones entre las lógicas de los partidos y los movimientos sociales.

Ariel Jerez: En el análisis de la confluencia de redes y agendas activistas en el 15M y la generación de un nuevo sujeto político, mencionaste la recuperación de la memoria. Desde la investigación militante hemos lo considerado como un movimiento protagonista de una crítica madrugadora al régimen del 78 en su conjunto, con su denuncia como modelo impunidad, y también como una hebra asociativa de relación intergeneracional

con el pasado fecunda, pero que generó cierta incomodidad en la estrategia de desarme o neutralización de identidades previas que intentaba hacer el 15M. Al inicio de las acampadas hubo conflictos con una bandera republicana, pero después de la demanda de memoria y derechos humanos figura dentro de la Agenda de 16 puntos de la Acampada Sol, en el libro recoges algunas entrevistas a militantes de la memoria y le dedicas mucha atención a las transmisiones intergeneracionales de conocimientos, afectos y solidaridades ¿Cómo valoras este tema conflictivo de la memoria, en el movimiento 15 y su papel en el ciclo del cambio?

Cristina Flesher: Bueno, es un tema que he estado pensando mucho, con lo que está pasando en Estados Unidos con las movilizaciones antirracistas, ese proceso de movilización que se encuentra con el peso del pasado, allí del esclavismo colonial y aquí de algo similar con la guerra civil... En la opinión pública norteamericana está siendo muy interesante ver el cambio de perspectiva de muchos referentes *mainstream*, que empiezan a plantear que hasta que el país no se enfrente a su pasado racista, no va a haber un proceso de reconciliación o recuperación de una memoria histórica compartida. Que sin esto no podrán acabar con el racismo. En este sentido, está claro que España tiene que seguir luchando por reconocer lo que pasó en la guerra y en la dictadura, buscando maneras de hacer reparación, y que el movimiento de recuperación de la memoria ha jugado un papel muy importante, imprescindible, en abrir ese diálogo que había quedado completamente anulado por la lectura del pasado hecha en democracia.

En España seguimos con ese planteamiento de “eso no se toca”. Es realmente increíble, a pesar del tiempo que ha pasado, como perdura esa brecha de la Guerra Civil, profundamente divisoria. Cada vez que piensas, “venga, ya ha pasado mucho tiempo, ya nadie se acuerda de estas cosas”, va y, otra vez, vuelven a salir. Pero, como decías, creo que hay que analizar en la propia dinámica del 15M, para entender esa incomodidad y apoyo, como dos cosas que no están reñidas. Hay que recordar cómo se movían en aquel momento los marcos, en buena medida había mucha gente que pensaba que se podía recuperar la memoria histórica, sin necesariamente reclamar la República. Que para tener apoyos mayoritarios había que intentar forzar la construcción de algo dentro del marco constitucional existente. No es que no pueda reclamarse una república, y pedir la abolición de la monarquía, si no que tiene que ser la gente decidiendo que eso es importante, viendo cómo hacerlo de manera legal, viendo como forzar un referéndum, etcétera.

Reclamar la memoria de la II República es muy difícil en las actuales coordenadas mediáticas y culturales, la mala gestión de la memoria pesa en el desinterés de las nuevas generaciones. Recuerdo una conversación interesante con dos jóvenes que estaban haciendo una huelga de hambre en la Puerta del Sol en contra de los recortes y la crisis, sobre la convivencia con las “rondas de los jueves” que el movimiento de la memoria hacía en esa época en la Puerta del Sol. Por un lado, me decía estar hartos del pasado, que no se identificaban con una experiencia que no habían vivido y se sentían frustrados por las divisiones que provocaban continuamente el tema de la Guerra Civil. Lo que les preocupaba es que con esa base no se podría construir un proyecto en común, y era bastante lógico con unas divisiones de ese calado emocional. En un momento que la gente estaba tratando de aglutinar, en torno a la crisis, sólo se puede construir un proyecto común en base a algo que tienes en común. Pero, por otro, a pesar de expresar esas frustraciones, en las rondas no dejaban de tener unas palabras bonitas, y apoyarlos en público. No era que no se sentían concernidos o implicados, como si la cosa no iba con ellos, simplemente que no veían en ese trabajo un eje aglutinador en función de un nuevo proyecto político.

Ariel Jerez: También es verdad que la propia gestión de la memoria republicana por la izquierda ha sido complicada. La propia bandera tricolor, dentro del propio espacio comunista, ha sido manipulada como patrimonio simbólico sin generar ni identificación y confianza. ¿Pesa esta incoherencia en los olvidos y memorias de la izquierda?

Cristina Flesher: Sobre todo a la propia izquierda, si te metías en su laberinto de identidades, reivindicar la tricolor podía traerte el distanciamiento de muchos anarquistas. Estaba la sensación de que si te metías ahí, no salías. Adherir la mayor cantidad de gente en ese momento álgido, recomendaba cierto desarme identitario al interior del campo movilizado en torno a servicios públicos, desahucios, estafas a ahorristas, entre otras cuestiones que importan a la mayoría de la gente.

No podemos perder de vista que era un momento en el que todavía el 15M “no era ni de izquierdas, ni de derechas”. Un planteamiento que duró relativamente poco, más tarde se vio que se movía en el campo de las izquierdas, sobre todo en el momento de la creación de Podemos, pero no puede dejar de señalarse que compartió inicialmente esta estrategia discursiva y elusiva de centralidad, evitando algunos temas.

Ahora ya sí tenemos los campos mucho más delimitados, pero con los marcos hegemónicos sobre el pasado beneficiando a la derecha. En este momento la estrategia de confrontación de identidades vinculadas directamente al pasado, nos mete en una trampa de la que nunca vamos a salir. No tiene sentido entrar a discutir con esas personas que están con sus shorts de camuflaje, corriendo por Madrid con la banderita pretendiendo identificarse con los militares, o con las provocaciones constantes en redes sociales sobre si Vox es o no fascista. Un posicionamiento antifascista en lógica de confrontación de identidad, por mucha razón y legitimidad que tenga, genera una polarización que no necesariamente refuerza el campo en las actuales condiciones culturales. No es que no haya que reclamar una agenda de memoria y derechos humanos, no es que no se pueda reclamar la república. Pero si lo haces como política de identidad, se siente como instrumental y divisoria. La política

debe buscar superar la división porque, si no lo hace es un non-starter como se dice en inglés, un nunca arrancar ni llegar a ninguna parte, y tengo la sensación que esto es lo que se lleva haciendo durante años en España. Repito, no es que no sea legítimo, es que no funciona como estrategia política-discursiva. Hay que siempre buscar el punto de acuerdo sin necesariamente pedir al “contrincante” que renuncie a su concepción entero del mundo. Hay muchos temas para trabajar, que son una barbaridad, como las exhumaciones o los bebés robados, con los que todo el mundo puede estar de acuerdo.

No hay necesidad de apropiárselo ideológicamente, nadie puede defender no enterrar dignamente a tus muertos, ni el robo corrupto en hospitales. Es pensar un poco, como hacía Juventud Sin Futuro, “no vamos a usar la palabra capitalismo, vamos a hablar de otras cosas. Estamos hablando de capitalismo, pero no estamos diciendo la palabra capitalismo, porque en el minuto que lo hacemos sabemos que hay gente que nos deja de escuchar”. De hecho, es toda una estrategia discursiva que funciona muy bien: si hablas de la crisis y del sufrimiento de la ciudadanía, que es al final lo que importa, lo puedes lograr. Porque al final lo importante es movilizar a la gente en la producción de sus nuevas propuestas de mejora, de implicarse en nuevas formas de relacionarse. Creo que mucha gente se olvida que en política “tener razón” no es lo que importa, tampoco ni de dónde vienes ni que seas de los míos. Si quieres efectuar un cambio, lo único que importa es la capacidad de persuadir y sumar gente a esa voluntad de cambio, que tiene que ser abierto e inclusivo. Si lo que más te importa es ser cien por cien coherente ideológicamente, se puede respetar, pero con esos planteamientos no vas a lograr determinados objetivos básicos para producir ese cambio. Es necesario superar esa mirada en exceso ideológica y, finalmente, identitaria.

Creo que en las nuevas coordenadas de recomposición de la ultraderecha, es muy necesario pensar cómo gestionar la división. Espero que no se haya entendido que no apoyo la memoria histórica, solamente digo que mal usada puede servir más para frenar, que para empujar el proyecto de cambio que tanto le cuesta empezar a andar. De hecho, creo que es tremendamente importante, que la agenda de memoria debería haberse atendido hace décadas, y que todavía es necesario hacerlo.

Ariel Jerez: A propósito de lo que comentas, algunos sectores del propio movimiento de memoria tiene una preocupación por la recuperación de un discurso antifascista un poco a la antigua usanza promovido en sectores y colectivos juveniles próximos a los diferentes partidos comunistas. En cierta medida ven peligrar el trabajo que venían haciendo el marco de la cultura de derechos humanos y los sectores más vinculados a las redes transnacionales de DDHH, con narrativas con elementos forenses, jurídicos que despliegan la complejidad, y también la comparabilidad internacional, del problema.

Cristina Flesher: Los discursos y las narrativas son tremendamente importantes. No entender esto es un problema para la izquierda, la derecha lo entiende mucho mejor, como bien lo explica Lakoff en el contexto de EEUU. Muchas veces creen que es suficiente tener un análisis de diagnóstico crítico y radical, pero con eso no necesariamente consigues convencer a personas que se han alimentado con otras narrativas estructuradas sobre otras identidades y ideologías. Si cuestionas primero la identidad, la persona que ha crecido yendo a misa, no tiene por qué compartir tu perspectiva, porque a ella le han contado otra historia, con la que tiene vínculos familiares, emocionales e intelectuales. Si empiezas por ahí, no te va a oír.

Enrique Maestu: Pensando esa activación e identificación sobre problemas compartidos más allá de marcos ideológicos tradicionales, en el inicio del libro mencionas una instalación en una exposición de arte, en la que interpela al visitante con el mensaje “Does Democracy Still Work?”, con referencias a si realmente vivimos en una democracia avanzada, un dispositivo que permitía indagar aquello que falta señalando ese pequeño gradiente que transforma la participación formal en democracia efectiva. El eslogan Democracia Real Ya, se convierte en un leitmotiv generacional, representa esa naciente cultura democrática y ciudadana que al calor de las acampadas se ha recargado (*reloaded*) de significados, prácticas y mitos compartidos, que empieza a identificarse como pueblo. Todo este proceso fue protagonizado por un movimiento, no son las elites, las instituciones o los partidos políticos los que activan el ciclo de cambio, ¿pero hasta qué punto logran apropiárselo?

Cristina Flesher: Algo similar comentamos antes, al abordar el auge de la ultraderecha, las dinámicas de movilización generan una red de conexión emocional y simbólica para la disputa que recompone el campo político en momentos de crisis. En el terreno de los partidos políticos, Ciudadanos no existe sin Podemos, existía antes, lo sabemos, pero como fenómeno político de alcance nacional, emerge en el terreno abierto por Podemos, al que ahora muchos reaccionan. De la misma manera que Podemos no existe sin el 15M, epicentro del ciclo de cambio político. Lo mismo puede analizarse en los nuevos liderazgos. Pensemos, por ejemplo, en Ada Colau o Manuela Carmena, que han transformado de manera muy importante el imaginario político español poniendo por primera vez el feminismo en el centro de la política, mucho más allá de decir “tenemos el ministerio de igualdad”. Con sus diferentes trayectorias y estilos políticos, ninguna de las dos habría llegado a ese puesto sin el 15-M detrás. En las tensiones que acompañan el propio ciclo podemos encontrar una serie de reverberaciones ideológicas incómodas, comportamientos reactivos, incluso perversos, en las direcciones políticas, que generan desconfianza y desilusión tanto en bases como en simpatizantes. Pero los movimientos siempre ayudan a avanzar, y de hecho, se ha avanzado, en aprendizajes colectivos y prácticas virtuosas que generan influencias dentro y fuera de nuestro país.

Por ejemplo, la influencia en el Occupy Wall Street, que despertó en Estados Unidos el movimiento social más importante en décadas, tanto por el impacto como con el número de personas que se vieron implicadas. Millones de personas que participaron de una manera u otra en el movimiento y millones de personas estuvieron de acuerdo en un cierto momento, generando nuevos consensos ¿con qué otros movimientos se han visto esas tasas de acuerdo en las encuestas con sus reivindicaciones de un movimiento? Es casi impensable. Yo soy politóloga analista de movimientos sociales, y puedo asegurar que pocas veces se ven apoyos que superan el 70% en las encuestas. Esto no se ve nunca, puede decirse que igual no estaban de acuerdo con las formas, pero sí con unas reivindicaciones compartidas por mayorías sociales muy consistentes. Esta es la labor reinterpretativa y transmisora que hacen los movimientos, pero son otros actores institucionalizados los que recogen demandas y reivindicaciones, y le dan forma en nuevos acuerdos y regulaciones, de distinto calado. En cada ciclo informan las reformas, más o menos inclusivas y sostenibles, con las que responde a la coyuntura de crisis. A más tejidos asociativos, esa mayor mediación y comunicación en la vida democrática, la hace más fluida y rica en términos de deliberación, participación e inclusión.

Ariel Jerez
Universidad Complutense de Madrid
ajerezno@ucm.es

Enrique Maestu Fonseca
Universidad Complutense de Madrid
emaestu@ucm.es